

OMNITUBERS SECRETOS

EL OMNIPHONE

David Domínguez



Ilustraciones de Henar Torinos



OMNITUBERS SECRETOS

EL OMNIPHONE

David Domínguez



Ilustraciones de Hendar Torinos





fundación sm

La Fundación SM destina los beneficios de las empresas SM a programas culturales y educativos, con especial atención a los colectivos más desfavorecidos.

Si quieres saber más sobre los programas de la Fundación SM, entra en www.fundacion-sm.org

LITERATURASM•COM

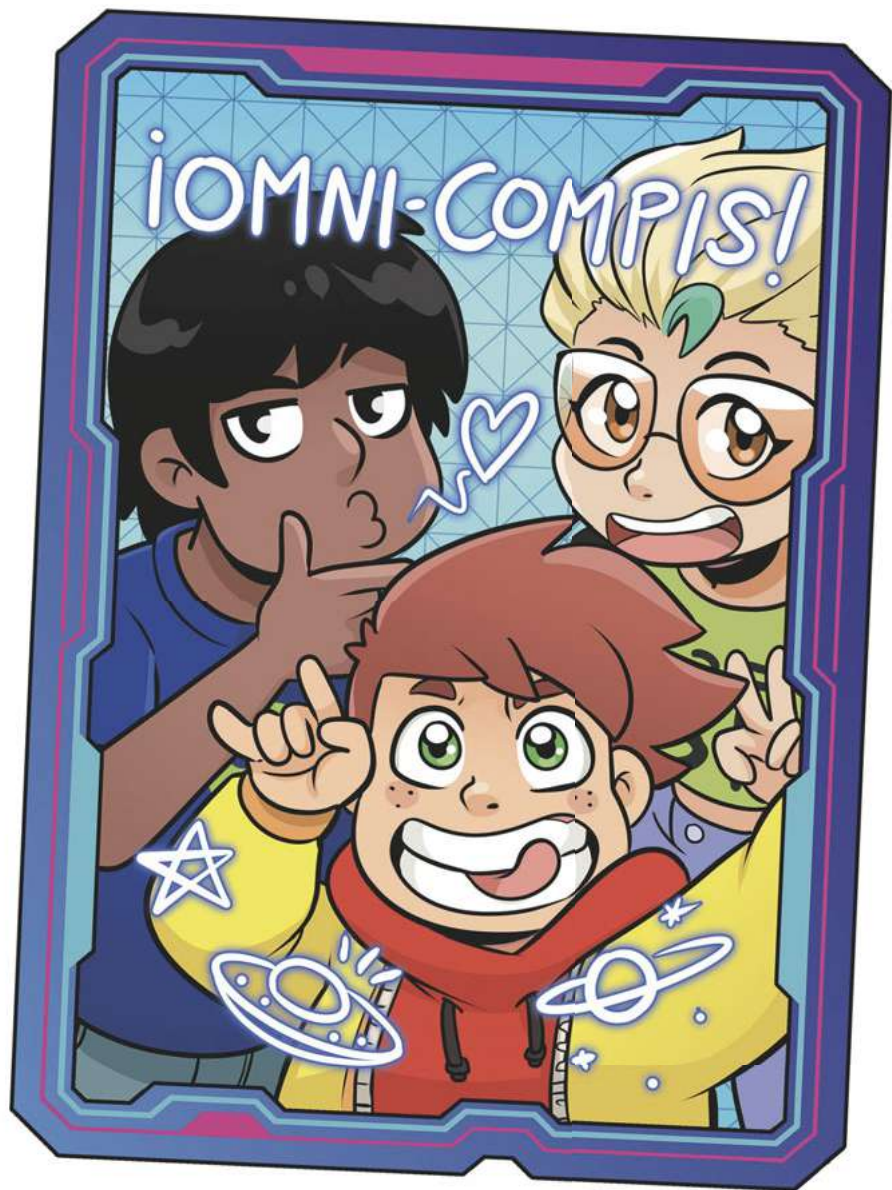
Primera edición: abril de 2023

Dirección editorial: Berta Márquez
Coordinación editorial: Xohana Bastida
Dirección de arte: Lara Peces

© del texto: David Domínguez, 2023
© de las ilustraciones: Henar Torinos, 2023
© Ediciones SM, 2023
Impresores, 2
Parque Empresarial Prado del Espino
28660 Boadilla del Monte (Madrid)
www.grupo-sm.com

ISBN: 978-84-1120-971-7
Depósito legal: M-134-2023
Impreso en la UE / *Printed in EU*

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.





PRELUDIO

El espacio exterior. Todo era oscuridad y silencio. Tan solo un millar de estrellas, lejanísimas, iluminaban aquel aburrido sector espacial en medio de la nada. Ni siquiera se apreciaba ningún planeta cercano. La calma lo dominaba todo y la tranquilidad era absolu...

¡FIUUUUU! ¡FOOOUSH! ¡BRRRRRRRRM!, tronaron los rayos láser muy repentinamente.

De la nada, había aparecido un pequeño carguero Torek. No iba solo: lo seguían de muy cerca cuatro cazas del Imperio Rorkir, que insistían en querer acertarle con sus baterías de cañones láser.

—¡Vamos a morir! ¡Vamos a morir! —gritó Aïel, la magistrada Torek, desde el interior de la cabina de pilotaje—. ¡Nah, tienes que hacer algo!

A su lado, a los mandos de la nave, Nah Olosh, el intrépido y famoso piloto intergaláctico, ganador de cinco ediciones de la Gran Race Navette omnidimensional, estaba más ocupado comprobando su apariencia en un pequeño espejo que intentando evitar los mortíferos disparos.

–¿Con flequillo o sin flequillo? –preguntó Nah, mientras lanzaba un matojo de su impresionante pelambreira sobre su frente–. Con flequillo, ¿no?

–¡Señor Olosh, por favor! ¡Haga algo! –gritó Aiel, que no estaba para flequillos.

Nah se quedó mirándola con una amplia y seductora sonrisa. Parecía evidente que no pensaba pilotar nada si antes no se aclaraba la cuestión de su belleza capilar.

–¡Con flequillo! –dijo Aiel, un poco al tuntún.

–¡Ajá! ¡Lo sabía! –contestó el piloto mientras tomaba los controles de la nave–. No tienes por qué preocuparte, preciosa: tan solo son unos cuantos cazas. No me acertarían ni dormido.

El carguero viró a toda velocidad hacia la derecha, luego a la izquierda y finalizó la maniobra con un vertiginoso doble tirabuzón. Los pilotos rorkir, incapaces de seguir los raudos movimientos de Nah, acabaron desperdigados por el espacio, como si los hubiera centrifugado una lavadora gigante a más de dos mil revoluciones por minuto y se hubieran atragantado con el suavizante.

Aïel, tras comprobar que la habilidad del piloto había dejado a los cazas a mucha distancia, se relajó y ordenó salir del bolsillo a su omniphone último modelo (color plata krishniana, con 0.1 visis de memoria SUR). La diminuta bola cromada voló por la cabina y comenzó a grabar holográficamente a la magistrada, dispuesta a establecer comunicación.

–Llama al senado –ordenó Aïel–. ¡No toleraré más agresiones del Imperio Rorkir!

–Oh, oh –la interrumpió Nah, con un tono que la magistrada nunca había oído en el osado y muy despreocupado aventurero.

–¿Oh, oh, qué? –preguntó ella.

–Oh, oh... OH, OH –fue la única respuesta del piloto.

Aïel levantó la mirada y acompañó el «OH, OH» de Nah con un «OH, OH» aún más sonoro. Tenían delante la nave más grande y mejor armada que había visto en toda su vida.

–¡Mierda, mierda, mierda! –exclamó Nah, mientras presionaba botones y accionaba palancas a toda velocidad–. Es una Shooting Star. ¡Tenemos un problema!

–¿Vamos a morir? –preguntó la magistrada.

–¡De eso nada, monada! ¡Tenemos motor transdimensional y ellos no! ¡Antes de que dispare, estaremos a siete dimensiones de distancia!

KA-BOOM



Aiel observó cómo la gigantesca nave dirigía sus cientos de cañones hacia ellos.

–¿Estás seguro, Nah? –preguntó.

–¡Todo controlado, nena! –respondió él, apartándose el flequillo de un soplado.

De los cañones de la Shooting Star brotó un haz de rayos perfectamente sincronizado. En ese mismo instante, Nah activó el motor transdimensional y el carguero empezó a vibrar entre dimensiones. Cuando parecía que nuestros héroes iban a lograr escapar, un rayo láser de alta densidad fotónica impactó en la nave, justo en el tránsito entre dimensiones.

La explosión fue espectacular.

Y se produjo un fenómeno curioso: aunque la nave quedó destruida en la misma dimensión del ataque, algunos de sus pedazos salieron disparados a la dimensión a la que pensaban escapar. Concretamente, la dimensión 8575-DH-1909.

Allí, esos pedazos, convertidos en escombros intergalácticos, comenzaron a surcar el espacio infinito en línea recta, en una dirección tremendamente aleatoria. Y así seguirían por toda la eternidad... A no ser, claro, que chocaran con algún planeta.

Si ese hipotético planeta tuviera vida, sus habitantes seguramente pensarían que se acercaba un meteorito...



242
AÑOS TERRESTRES
MÁS TARDE...





1 LA BESTIA DEMONÍACA

–¡Manos arriba! Levantad los brazos inmediatamente.

Hugo, Sara y Adrián obedecieron. Sabían muy bien cómo las gastaba Maribel, la profe de mates, y no tenían ninguna intención de despertar a la bestia demoníaca del averno infernal que se ocultaba en su interior.

–¿Es eso un móvil? ¿Es eso un móvil? –preguntó Maribel a voz en grito mientras avanzaba hacia ellos.

Hugo observó a sus dos amigos. Estaban aterrorizados, incapaces de moverse o articular palabra. El resto de la clase los observaba en silencio, aunque se notaba más de una sonrisita pérfida: si Maribel los castigaba, más de uno iba a ser muy feliz aquella mañana.

–Pringaos –susurró Manu, el jefe oficial de los acosadores de la clase, desde una mesa contigua–. *Loooooosers*.

Hugo respondió al comentario con una mirada fiera, pero el móvil seguía encima de la mesa. Tenía que hacer algo. Y rápido.

–¡Es culpa mía, Maribel! –se lanzó a toda velocidad, antes de que a la profesora le diera tiempo a reaccionar–. Pero es que la calculadora se nos ha quedado sin pilas y, claro, hay que hacer taaaantos cálculos... Sé que teníamos que haber pedido permiso, Maribel, pero es que parecías tan concentrada corrigiendo exámenes, que siempre nos dices que es taaan complicado, que no queríamos molestarte... Es culpa mía. Es todo culpa mía.

Hugo respiró tras el discurso y observó a la bestia. Había calculado al milímetro todas sus palabras. A Maribel le encantaba vacilar sobre el gran número de cálculos que implicaban sus ejercicios, y nunca dejaba de quejarse de todos los exámenes que tenía que corregir. Además, le encantaba que la llamaran Maribel en vez del eterno «profe». Y, por supuesto, asumir la culpa siempre funcionaba.

Pero la profesora seguía sin decir palabra. Tan solo los miraba a los ojos uno a uno, como si tuviera algún poder telepático que le permitiera saber si mentían. El resto de la clase esperaba el veredicto. Todos tenían la suficiente

experiencia como para temer la ira de la profesora de matemáticas. Maribel cogió la calculadora e hizo algunas comprobaciones; en efecto, no funcionaba.

–De acuerdo –sentenció con una mirada tan fría como el culo de un pingüino–. Guardad el móvil. Pero que sea la última vez. Y ponedle pilas a esa calculadora, que no son tan caras.

La profesora volvió a su mesa. El peligro había pasado.

–De la que nos hemos librado... –suspiró Sara mientras comprobaba la calculadora–. Pero ¿y las pilas? ¿Dónde están las pilas?

Hugo sonrió y abrió su mano derecha, revelando la pequeña pila de botón.

–Un mago nunca revela sus trucos –susurró con su espectacular sonrisa.

–¡Eres genial! –exclamó Adrián, que parecía haber recobrado su color habitual tras el susto–. Pero ya no podremos seguir consultando el móvil.

–Sabemos lo suficiente –replicó Hugo–: el meteorito caerá esta noche a las 23:43 en algún lugar del hemisferio norte.

–¡Exacto! Y nosotros lo veremos caer desde tu terraza e iremos a investigar –Adrián estaba entusiasmado–. ¡Va a ser una pasada!

–No quiero ser aguafiestas –replicó Sara, muy seria–. ¿Pero tenéis idea de lo grande que es el hemisferio norte? Podría caer en Rusia o en Canadá... O en el mar. Lo más probable es que caiga en el mar.

–Pero caerá cerca, ya verás. Estoy seguro –contestó Adrián, confiado.

Sus dos amigos se miraron. Adrián nunca estaba muy seguro de nada: era más de dudar sobre absolutamente todo... excepto en aquel tema del meteorito. Llevaba semanas asegurando que caería cerca.

–Es un presentimiento –se justificó Adrián–. ¡Eh! Y si no, al menos, haremos una fiesta de pijamas en un día entre semana. ¡No es tan mal plan!

